

96

grafías de
La LLama
carmen Ana PONT

RODEOS

Deshojemos
la cebolla
deshagamos
su espesa y carnosa materia
hecha de gruesos mantos y finas láminas.

Veamos
qué nos aguarda
detrás
de su lloroso centro
hecho
de otros centros.

Qué palabra
qué sentimiento
le darán apoyo
a este crujir repetido
desvestido
de voces y
cáscaras
verdes y blancas
que van rodeando nuestras manos aromáticas
prendiéndose a
las lágrimas de piel,
Que lentamente se nos van cayendo.

Desnudemos los rizos líquidos del lenguaje
a través de los arcos cartilagosos de la oreja
descendamos por sus espirales
de carne y recuerdo
hasta saborear
al fin
el aliento compartido que nos queda.

Guardemos siempre
el secreto sabor del silencio
como un dulce murmullo
sostenido
en el misterio
de la punta musical
de
nuestra lengua.

MARICASTAÑA

(DIOSA DEL TIEMPO SEGÚN MARIANO PICÓN SALAS)

Maricastaña

diosa del polvo
de yaguas viejas
de cucarachas

Diosa de mancha color café
de fotos carcomidas y dobladas.
Enciendes el rizo
envuelto en lino irlandés,
y despegas de tus garras de papel
la prensada esencia de tus
flores secas.

Maricastaña,
te paseas inmortal
entre muertos y canas,
entre cartas de tinta borrosa y firmas desvencijadas.

Hueles a lata de galletas danesas,
Maricastaña,
a esquelas y a misales de nácar,
a páginas amarillas, a polilla,
a mantillas olvidadas.

De vez en cuando, entierras tu colmillo de leche
en pañuelos de seda importada.
Y dibujas cuernos de tinta
sobre
desconocidos con melenas engominadas.

Maricastaña, diosa todopoderosa de tostados hilos y encajes,
prima lejana de Jano
mirándome de frente, por detrás y por los lados,
teje, que teje tu telaraña de años
entre las paredes de los áticos.

Defiende los baúles,
y esconde la llave de tus arcas,
enmohece cerraduras,
clausura ventanas,
desata aromas y fantasmas
saca tu traje de bodas con la nada
desvanécete entre nombre, fechas y palabras.

UN NOVIEMBRE, EN MONTRÉAL

Al fin encuentras el lugar
después de varias líneas de metro,
después de mapas,
de dedos apuntando nombres
y calles erradas.

Sin brújula, al fin llegas.
Entras, porque hay que recomenzar.
Hay que amueblar cada vez la reciente soledad.

Recorres el camino ya tantas veces transitado,
en diferentes ciudades, en otros planos repetido,
ya tantas veces el mismo.

Abrigos. Guantes. Zapatos. Sombreros.
Todo extraordinariamente pequeño.
La vejez encoge viejas, te dices.

Uno a uno te mides los diminutos sombreros.
Echas un vistazo con miedo
y ya te observa el espejo con su fantasmal séquito.

Pliegas las rodillas para verte.
Todo calculado, todo más bajo,
a la medida
de máscaras
que adornaron
cabezas que ya no existen.

Al ceder sobre tu pelo
Esa corona de piel redonda
De algún animal
-también hace años desaparecido-
en algún lugar del Je me souviens
te salen arrugas, arrugas profundas
como precipicios.

Envejeces al instante
en un abrir de ojos sin cerrar
a tu tez le salen pentagramas,
pálidas rutas, grietas, desvíos
y de repente se secan los racimos
de las uvas que delatan tu verdadera edad.

Meandros y surcos
se esculpen súbitamente en tu cara
y van invadiendo tu cabello

de canas
bajo el sombrero de enana
que apenas logra abrigar tu frente
y en un instante
restaura tu mente
la anciana desdentada que ahora eres.

El ventarrón de años
hiela súbitamente tu sensualidad
y te estrella contra el cálido paredón de la infancia.
Ya ciega ni oyes, ni tocas, ni hueles, ni sientes
ese Caribe que lentamente se ha ido congelando en ti.

Y te entierran viva
tu sudario un manto de vicuñas y cachemir
bajo la luz de nieve y de neón
del Ejército de Salvación,
en el cuartel general
de su polvorienta e improvisada sombrerería
mueres de tiempo con un minúsculo sombrero puesto,
un noviembre
En Montréal.

NOCTURNO EN EL GRÜTLI

En el Grütli, en Ginebra,
mientras nos hablas,
muere tu amigo inglés en Provenza.

Muere
solo en un hotel,
en una habitación que hace años visitaste de manera íntima
y que hoy,
sabes llena de flores, para la ocasión.
rememoras exactamente su color, su olor, su orientación hacia el sol,
en este preciso momento
en esta misma noche.

Pero nos pides que te hablemos
mientras lloras.
Háblenme, por favor,
que se está muriendo.
Lo sabes con seguridad. Es hoy el día.
Calcularon juntos
la trayectoria requerida, al minuto y al segundo.

No puedes llamar a la policía.
No puedes acudir a los bomberos.
Comprometiste tu honor por teléfono.

Háblenme por favor,
háblenme del verano,
de lo que haremos cuando aparezca
otra vez el sol en Ginebra.
Que se diluya este instante en sus voces rápidamente.
Bebamos vino
en lo que acaba
esta agonía solitaria
y se apaga en el olvido
un hermoso cuarto de amor en Provenza.

Prometimos flores y hemos cumplido.
Allí estamos todos.
Somos exóticas orquídeas,
frágiles peonías, girasoles dementes
que huelen a olivo, a lavanda, a menta
y a almendro.

Lo acompañamos
a su salida de jazmines, de lilas,

de nomeolvides,
con una espléndida vista
sobre la tierra seca y las piedras de Provenza.
Sopla el Mistral cada uno de nuestros nombres
Y perfuma las uvas y los melones
de una noche estrellada de aquel lugar.

Sigan hablando,
que con cada palabra
se acelere su paso en el camino que lo aleja
cada vez más de mí
y cada vez más de Provenza
para que en sus ojos no quede nada más que la belleza.

Y nosotras tres en el café del teatro Grütli
y tú llorando
porque no puedes romper
los contratos de lealtad,
porque no puedes traicionar,
porque tiene que descansar al fin en paz
ese amante pálido que ya no puede más.

Y nosotras con otro vino rosado, con nuestra letanía de Parcas,
hablando, hablando hasta las ocho,
adelantando relojes imaginarios para ti,
para que te acompañen nuestras voces como hilos
como un velo de pétalos rojos
de ciclamen,
como la música alada de los lirios
que en el silencio caen
no muy lejos de Arles,
hasta el final.